

tienen mayor cantidad de material sobre una cierta disciplina; por ejemplo la Universidad de Alberta es la primera en estudios de filología, lingüística, ciencias políticas y gubernamentales, pero ocupa un segundo plano en las áreas de economía y sociología. La de Columbia Británica y la de Toronto son las de mayor riqueza en textos de historia, leyes, folklore y filosofía.

Mientras que el material bibliográfico que integra las bibliotecas e institutos es rico y bien distribuido alrededor de Canadá, no lo es lo que se refiere a publicaciones periódicas, ya que ninguna de las instituciones es lo suficientemente fuerte como para establecer una sección hemerográfica o de revistas; libros raros y manuscritos se encuentran en un caso similar.

Al final de la obra, Budurowycz hace un balance general del contenido de todas las disciplinas en las diferentes instituciones, sugiere ampliaciones en algunas áreas o institutos, así como la necesidad de mantener relaciones interbibliotecarias, para reforzar los estudios eslavicos en lo referente a publicaciones periódicas.

Esta investigación es un excelente estudio enriquecido con tablas, bibliografía e índices, que demuestran el amplio manejo que tiene el autor del tema, amén de ser una guía para los especialistas e interesados en el área eslávica.

FRANCISCO DURÁN

CHEVALIER, MAXIME. *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid, Ediciones Turner, 1976, 201 p.

El autor, Director del Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Burdeos, recoge en este volumen —a instancias de algunos amigos argentinos— el material de cursos dictados hace seis años en Buenos Aires y en Cuyo.

Se inscribe esta obra en el campo de los estudios socioliterarios para los que desbrozara el camino otro catedrático bordelés: Robert Escarpit.

Feliz iniciativa la de esos amigos argentinos que hace ahora asequible esta importante obra. Va ella dividida en cinco capítulos. El primero, de índole introductoria y general, enfoca los "Problemas generales y cuestiones de método". Es un penetrante y sólido estudio de deslinde de los arbitrios y caminos para estudiar y conocer el público lector de la época. Cuenta habida del analfabetismo en la España de ese tiempo, del precio de los libros y del interés por la lectura de libros de entretenimiento, Chevalier halla cuatro grupos de lectores. A saber, una fracción culta de los hidalgos y caballeros, parte de los letrados, catedráticos e "intelectuales", una fracción del clero y una parte de los criados de grandes familias.

Deja sentado que poseer una biblioteca no sólo en la España sino en la Europa de la época es privilegio de clase. Menciona luego los no pocos inventarios de bibliotecas particulares. Apunta después con sensatez las precauciones a tomar en su manejo. Señala —en tres ocasiones, con Rodríguez-Moñino— que la poesía circuló esencialmente en forma manuscrita en la España del XVI y XVII.

Y apunta qué parte de la materia novelesca circuló en forma oral en la España de los Austrias.

Muy inteligentemente, nos pone en guardia —en esta época de calculadoras y de desmedidos afanes por aplicar al terreno literario los deslumbrantes métodos de la historia de la economía— del peligro de la ilusión cientista en el campo literario.

Indica, finalmente, lo útil de acudir a otros métodos tales como las declaraciones de pasajeros a las Indias, las relaciones de fiestas y regocijos públicos, el manejo de los libros de *Avisos* y *Noticias*, las autobiografías de la época, las correspondencias particulares; sin olvidar, claro, el estudio sistemático de los tratados de poética y retórica, ni el de las liminares de los libros o los comentarios “tan reveladores de la manera en que leían nuestros antepasados”. Hace hincapié en la necesidad de examinar las obras literarias mismas.

Se pregunta —y es una pregunta angustiosa, aplicable a nuestros días, tengo para mí— “si en la España de los Austrias no escriben muchos literatos para otros literatos”.

Al viso humanista, subraya la ventaja de los métodos propuestos: “la de revelarnos la cultura auténtica de un hombre, las lecturas que en efecto hizo”. Hace hincapié en las lecturas asimiladas, las que forman ya parte de la personalidad intelectual y no el dato escueto, desorientador de “unos tomos, acaso empolvados por olvidados, que yacen en los estantes de una biblioteca”.

Además de conocer qué libros se leían, importa saber cómo se leían. Para lo cual de nada sirven los inventarios de las bibliotecas.

Termina este primer capítulo recalcando que hay que tener en cuenta las diversas circunstancias de las regiones, “de las varias áreas culturales de España”, que no ofrece, ni ha ofrecido jamás, una pareja distribución de la cultura.

En los cuatro capítulos restantes se estudian sendos géneros u obras literarias.

El segundo considera “El público de las novelas de caballerías”, el tercero el de “la épica culta”, el cuarto considera “*La Celestina* según sus lectores” y termina el último con “El problema del éxito del *Lazarillo*”.

Por lo que toca a las novelas de caballerías, señala que tuvo una inmensa producción editorial; de hecho la más amplia en cuanto a novelas. Su éxito, dice, es un éxito de masa, no explicable por el valor literario del género. Su lectura lo fue de caballeros y de poetas relacionados con los círculos cortesanos. Desde luego, esos libros seducían muy especialmente a las imaginaciones femeninas. Aunque a los caballeros también, y eso hasta la época de Felipe II. Más, varios episodios de las novelas eran escenificados. Así, en México, Luis Cortés, hijo del Conquistador, aparece metamorfoseado en un Caballero de la Sierpe, llevando en un carro a la sabia Urganda. Pero, a partir de 1600, empieza a disminuir el número de lectores en fuertes proporciones y deja de inspirar a los organizadores de fiestas cortesanas: la nobleza abandona las fiestas inspiradas en los *Amadises*. Estos quedan reservados ya a los literatos que, por curiosidad o interés profesional leen todo lo que les cae entre las manos. Nos recuerda que, cuando Cervantes quiere parodiar ese género, éste ya andaba moribundo. Subraya la correlación entre la afición de los caballeros al género y el éxito editorial del mismo: cuando aquéllos dejan de interesarse, éste disminuye. Y los caballeros se interesaban porque esos libros les presentaban en una forma literaria su

propia sociedad. Además, les ofrecía la nostalgia de la libre aventura cuando el caballero se veía llevado más y más a una vida cortesana. Esos libros eran símbolo de la independencia nobiliaria y evocaban una grandeza pasada y una libertad perdida. Pero en el xvii esa nostalgia se debilita y la nobleza cortesana se resigna a su destino. Nuevos géneros ligados a la existencia urbana se le ofrecen: la comedia y la novela cortesana.

Al estudiar la épica culta empieza subrayando que triunfó en España entre 1550 y 1650 y que merece el olvido en que se ha dejado dormir. También aquí fue impresionante la gran producción y el muy considerable número de lectores. Tuvo, además, este género contactos con la historiografía, con la comedia y con la poesía lírica. A cuántos romances dio origen *La Araucana*. Qué grande fue su legado a la comedia. Su éxito lo relaciona el autor con el empuje del nacionalismo español en el siglo xvi. Nacionalismo alimentado por los triunfos europeos de Carlos V y por la conquista de América. Por ello tuvo gran éxito entre los hidalgos y los caballeros del siglo de Oro. Pero también tuvo su público entre los hombres cultos y serios que no cuidaban mucho de la novela ni de los versos insustanciales. Muy especial, dentro del género, es el caso de *La Araucana* que se estudia detenidamente. Pero el género ocupó lugar preeminente en la cultura española del Siglo de Oro y por él se apasionaron los caballeros, los hombres cultos y los cronistas de España y América.

*La Celestina*, por su parte, tuvo un éxito resonante y duradero a lo largo de los siglos xvi y xvii. Tuvo, además, una riquísima descendencia y una abundante posteridad indirecta. Lo que más se admiraba era la creación del personaje de la vieja, cuyo nombre suplanta al verdadero de la obra. La vieja inquieta moralmente y es archivo de sentencias y refranes. Más aún, llega a entrar al folklore español. El autor está de acuerdo con la tesis de Marcel Bataillon de que el padre de *La Celestina* primitiva y el bachiller Fernando de Rojas concibieron la obra como un *exemplum*, es decir, como un breviario de moral práctica. Y nos dice después que tal interpretación existió, y acaso prevaleció, en la España del Siglo de Oro. Aunque también inquietó a no pocos que veían en *La Celestina* un libro pernicioso que halagaba la lujuria e incitaba al pecado: tal Luis Vives, fray Francisco de Osuma, Alejo Venegas y tantos otros. Es que *La Celestina* fue obra que se podía leer a varios niveles y dar lugar a lecturas muy distintas. *La Celestina* fue para los lectores del Siglo de Oro un libro moral, pero también ambiguo y, por lo tanto, peligroso. Y Cervantes, al calificar el libro de "divino, si encubriera más lo humano" deja al lector la posibilidad de escoger entre dos puntos de vista corrientes sobre la obra: "libro de intención moral, libro peligroso. O si se quiere, obra ambigua".

Al estudiar el problema del éxito de *Lazarillo*, Chevalier empieza señalando contra Julio Cejador que, después de un "fuego de artificio inicial", *Lazarillo de Tormes* se vendió poco y mal en España en la segunda mitad del siglo xvi. Y subraya que la prohibición momentánea del libro por la Inquisición no basta a explicar el hecho de su poca difusión en ese periodo. Por otra parte, los lectores del siglo xvi, incluso los más cultos, no llegaron a apreciar la novedad del siglo tal como la puso de manifiesto la crítica del siglo xx (Claudio Guillén y Fernando Lázaro). Veían sólo en *Lazarillo* un libro de burlas para pasar el rato y nada más. Sólo uno comprendió la novedad y supo calar en

ella: Cervantes. Y si es libro para pasar el rato, tropieza, a partir de su reimpresión en 1573, con otros "librillos de entretenimiento y donaire". Con un cuadro estadístico, Chevalier demuestra que el terreno que deja vacío *Lazarillo* lo ocupan con creces *El sobremesa y alivio de caminantes* y el *Buen aviso y portacuentos* de Timoneda, y la *Floresta* de Santa Cruz. Así se explica "el fuego de artificio" inicial seguido de prolongado estancamiento.

Casi al final nos da Chevalier este extenso párrafo, de aplicación más amplia que al sólo *Lazarillo*:

"Observar que *Lazarillo de Tormes* se vendió poco en el reinado de Felipe II no nos lleva a rebajar la importancia del libro dentro de la historia de la novela, ni siquiera a menoscabar la influencia que tuvo en las letras españolas de fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. El hecho nos incita a advertir, una vez más, que la fortuna de un libro no se puede definir únicamente por la extensión de su público, sino también por la fuerza de la atracción que ejerce sobre unos ingenios escogidos; nos convida a distinguir éxito editorial e intensidad de la influencia, realidades independientes en el Siglo de Oro lo mismo que en nuestro siglo XX, en el que no tiene Proust tantos lectores como Frédéric Dard".

Aserto este último de gran verdad y que jamás hay que perder de vista.

MANUEL ALCALÁ

FEDERAÇÃO INTERNACIONAL DE ASSOCIAÇÕES DE BIBLIOTECARIOS. SEÇÃO DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS. *Normas para bibliotecas públicas*. Tr. de Agenor Briquet de Lemos. São Paulo, Brasília, Edições Quiron e INL, 1976. XII-52 p.

El director del Instituto Nacional del Libro, Herberto Sales, en el prefacio de esta obra, muy acertadamente señala su importancia y objetivo fundamental: que sirva para "atender con eficiencia al lector". Este volumen tiende a lograr se obtenga una mayor eficacia de los servicios que los bibliotecarios deben ofrecer a los lectores. El prefacio agradece la colaboración "da International Federation of Library Associations (IFLA)", que autorizó la edición y el auxilio del traductor profesor Antonio Agenor Briquet de Lemos.

En la introducción se menciona la historia y el porqué de la aparición de este libro: la Sección de Bibliotecas de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios (FIAB) planeó publicar una declaración que estableciera en términos simples las normas básicas para un servicio eficiente de las bibliotecas públicas. Las normas que comprendía esa declaración abarcaban cinco aspectos principales referidos a los siguientes puntos:

1. Libros y otros materiales.
2. Personal.
3. Accesibilidad.
4. Instalaciones y servicios.
5. Edificios de bibliotecas.